

## **SOBRE LA NEURASTENIA Y EL NEGOCIO EN TOMÁS CARRASQUILLA<sup>1</sup>**

JOSÉ GUILLERMO  
(MEMO) ÁNJEL<sup>1</sup>

[...] vuela a socorrer las longanizas,  
que en la atroz gordana se retuercen en las  
convulsiones de los condenados, ni más ni  
menos que les vio santa Francisca Romana,  
allá en las calderas de Lucifer.

Tomás Carrasquilla  
*Frutos de mi tierra*

Nota: este artículo tiene un preámbulo un poco extenso, que considero necesario para entender la primera novela de Tomás Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*, en la que aparece un tema fundamental y reiterado de este escritor: el arribismo y la neurastenia, a la que llamamos *neura*.

<sup>1</sup> Filósofo, escritor, docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín. Columnista de periódico *El Colombiano* (Medellín).

## Pequeña introducción

Don Tomás Carrasquilla, que además de escritor fue sastre, vivió cinco guerras civiles: la de 1860 (liberales contra conservadores), la de 1876 (conservadores contra liberales radicales), la de 1885 (en la que los norteamericanos asesoraron a la Guardia Colombiana en los métodos del filibusterismo), la guerra de 1895 y al final la de guerra de los Mil Días (en la que se aprovechó para eliminar a los maestros que enseñaban a vivir según los métodos de Rousseau y Pestalozzi). Y ya en 1940, cuando estaba ciego y próximo a morir, se iniciaba esa guerra infame que se llamó la de la violencia en Colombia. Esto llevaría a pensar que la guerra y la condición carnicera del hombre habría sido el tema de Carrasquilla. Pero no, en su obra la guerra con sus explosiones y mutilados es apenas un trasfondo. Todo parece indicar que no lo sedujo la violencia evidente ni la anécdota nacida de ahí. Su campo temático es más trascendente. La violencia que narra Carrasquilla es más fina y cruel, como la que practica un libertino que evita manchar su traje de sangre ya que vestir bien también es un placer. Hablo entonces de la violencia moral que, si bien no mata gente, si la mantiene en el infierno en esta vida. Matar, en primera instancia, implica quitarle la vida a alguien. Unos matan con cuchillo y bala y así la vida orgánica desaparece. Otros matan con acciones y palabras y dejan vivas a sus víctimas, pero ya sin vida (anulados como sujetos). Como decía Thomas de Quincy, el asesinato debe ser considerado como una de las bellas artes. Para matar a otro no hay que quitarle la vida, simplemente hay que partirla el alma y dejársela podrir.

Los asesinos morales, abundantes en todas las culturas, tienen en común que viven en el infierno y presumen uno más atroz cuando les remuerde la conciencia. No es fácil vivir con el pecado encima. Los pecados no se han podido lucir (ni aun en la época posmoderna, regida

por la mentira y el bovarismo<sup>2</sup>) como se lucen las joyas, la arquitectura, el cuerpo, los conocimientos. Hasta los peores asesinos esconden su tormentosa condición íntima. Y cuando se miran al espejo, ahí siempre está el asesino que los mata por dentro. No valen los cómplices ni el poder, tampoco huir ni rezar. Por eso piden perdón, pero ni el perdón los redime. No es de extrañar entonces su mal humor y los miedos que crían. El crimen persigue al criminal, lo lleva pegado a la espalda y mordiéndole las tripas. Y si el asesino se esconde, el crimen se esconde con él, en el mismo lugar, para seguirlo royendo. Crear un infierno y no salir ya nunca de él, es fácil: basta cometer un crimen para que las víctimas jamás desaparezcan de la atmósfera del victimario. Están en sus palabras, en sus gestos, en su memoria. Quizá por eso no hay animales criminales. Su instinto de supervivencia les dice que la vida no puede convertirse en un dolor y si, como pasa ahora, ven que vendrán días terribles, se extinguen como especie.

### La búsqueda de Carrasquilla

La tarea de un buen escritor es descubrir lo que hay en un ser humano y en las relaciones que crea con el mundo: lo bueno, lo malo, su capacidad para enaltecerse o degradarse, el vivir la vida, etc. El escritor no es un censor ni un juez, es un testigo, sea de sus propios actos, sea de los actos de otros. Su mundo comienza en la realidad cercana y se va al de los supuestos, al de las probabilidades, al del estado profético o al delirante. Escribir es una pasión por descubrir y por perderse. Y en esos descubrimientos aparecen la dignidad y la indignidad, el honor y la traición, la vida que merece ser vivida y aquella que es peor que la muerte.

---

<sup>2</sup> Bovarismo, síndrome de insatisfacción permanente. El término proviene de *Madame Bovary*, la novela de Gustave Flaubert.

La búsqueda se da siempre en lo más cercano, no en el amplio horizonte donde, por falta de detalle, no se visualizan bien los hechos. Un buscador sigue huellas, se ensimisma con pequeños trozos y sabe que la solución al problema no es lo evidente sino lo insignificante, aquello que no se ha visto. El diablo se esconde en los detalles, esto lo saben bien los sastres y los carpinteros, los que envían gente al espacio y los cirujanos. En la pequeñez difícil de adjetivar, está el hecho, lo que entra en conflicto y eso que es esencia.

Es evidente (y muy al contrario de lo que se dice), que Tomás Carrasquilla no buscó pintar cuadros de costumbres como Eugenio Díaz Castro o Cordovez Moure, que fueron más poetas que críticos de su tiempo. Su intención no fueron las descripciones de muebles, conversaciones, paisajes y acontecimientos sociales. Tampoco hacer un inventario de cosas viejas. Como Carrasquilla era un viejo marrullero, como se dice, y sastre, además, su intención es otra a pesar del sambenito de costumbrista que le han puesto. Y que seguro se lo pusieron para que sus libros se quedaran entre esos que sirven para pisar papeles o llenar alguna vitrina o una estantería alta. La mejor manera de salir de alguien es minimizarlo y llevarlo al olvido. De Fernando González se dijo que era un viejito loco y morboso, de Alfonso Castro que perseguía monjas, de Fernando Vallejo que es un renegado. Como digo, los adjetivos sirven para esconder lo que la cosa es. Y para dar una idea de lo que ya sé o me imagino que sé, así que ya no hay necesidad de hacer muchas comprobaciones.

A mí, esto de que Carrasquilla haya sido un viejo marrullero me fascina. La marrullería se define como aquella astucia tramposa o de mala intención. Elías Canetti, en *El testigo Oidor*, la define muy bien: hay que provocar al otro para suelte las palabras. O sea, hay que extender pequeñas trampas. Ahora, lo de la mala intención, depende para quién. Si hay una mala intención con relación a una buena persona, es un delito o linda con este. Pero si la mala intención (o la trampa) es hacer que el arri-

bista muestre sus sentimientos escondidos, es un saber en qué territorios estoy. A los marineros se les aprende que se debe navegar con brújula. Lo que sí queda claro y sin señalamientos, es la palabra astucia, que nombra al astuto, aquel que es hábil para engañar o evitar el engaño. La búsqueda de Carrasquilla la sitúo entonces, en evitar el engaño, en descubrir lo que cubren las apariencias. Como en la teoría de Parménides, lo que se mueve no es lo que parece.

Las guerras tienen como víctima principal la verdad. Así, en ese ejercicio de la propaganda, los valores se desvirtúan y se rompen los lazos morales. Pero hay un problema mayor y es como esa mentira que campea en la guerra luego tiene sus legitimaciones en la posguerra. Lo peor de una guerra es que lo que produce continúa de una u otra manera. La guerra cría artimañas (se sobrevive con el engaño), envidias desmesuradas (cuestionamiento enfermizo sobre lo que tiene el otro), nuevos negocios que nacen de la laxitud de las leyes y el fomento de la corrupción, esas formas de explotación del otro, basadas en las necesidades que tiene, etc. La guerra, entonces, crea un individuo que miente, que se hace codicioso, que saquea y se enriquece en la destrucción. Y si bien las apariencias tratan de cubrir estos males, los cubren mal. Aquello de que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda, evidencia lo que hay detrás de las apariencias. Y es porque el pasado marca, para bien o para mal. Ya lo decía Rudyard Kipling: denme los siete primeros años de vida de un hombre y os podéis quedar con lo demás.

La búsqueda de Carrasquilla está en dotar de sentido la necesidad de aparentar y, al mismo tiempo, en revelar lo que hay detrás de las apariencias. Y, como en los primeros cuentos y crónicas de doña Sofía Ospina de Navarro, descubrir al *parvenu*, término éste que en francés nombra al nuevo rico. Y en las posguerras, a los nuevos que emergen con poder. Pero no se trata de descubrir al *parvenu* para humillarlo o hacerle sentir que su ascenso de clase es una farsa (cosa que no entendería el

emergente ya que su calidad de sujeto es nula en tanto que niega lo que es y desea lo que quiere ser) sino de saber a qué atenerse. El mundo se diseña con el tiempo. Y, en términos de evolución, hay que adaptarse, no para aceptar los hechos sino para visualizarlos más cerca. Es una cuestión de vecindario.

Digamos entonces que Carrasquilla actúa en calidad de vecino, que ve y oye, que incita (usa la marulla) y, al tiempo, descubre que el cambio de los tiempos, la famosa *o tempora o mores* latina, tiene una razón: la guerra, eso que se ha vendido como un ejercicio del honor y la defensa de la patria y que en las guerras civiles significa todo lo contrario.

En la novela que se analiza en este artículo, *Frutos de mi tierra* (o Jamones y solomos, como se quiera), la historia es de posguerra. Acaba de terminar la guerra de 1860, que don Tomás llama la grande, y aparecen las figuras de Agustín y Filomena Alzate, que representan la neurastenia y el negocio.

## Lo que las guerras producen

Colombia ha sido un país de guerras e intolerancias continuas. Y esto necesariamente (como fruto del contacto con lo siniestro) ha generado una mentalidad que alimenta ideologías políticas, visiones torvas del otro, espacios inmorales y mundos que legitiman la ilegalidad. De ninguna guerra sale nadie indemne (ni los vencedores ni los vencidos) porque las guerras se nutren de miedo y lo escupen en todas las direcciones. Por esta razón hay tanto silencio y pasados sesgados, tantas lagunas en la memoria y formas de hablar callandito. Es que hay demasiados fantasmas en el pasado y en el presente, que se alteran con nada. Y esos fantasmas no aparecen por la noche, sino que hacen parte de un rostro que no puede esconderse. Creo mucho en esto de que (a veces) la cara es

el reflejo del alma<sup>3</sup> (en términos de Emmanuel Lévinas, en el rostro del otro se refleja lo que hemos hecho de él) y que ojos que no miran otros ojos, tienen mucho escondido.

La guerra no sólo es un fracaso de la política sino de las costumbres buenas (de la moral). En *Los últimos días de la humanidad*, Karl Kraus pinta el cuadro de la Primera Guerra Mundial (donde muchos se reunieron a matarse): en cientos de escenas, la humanidad pierde la condición de civilización adquirida. Pierde humanidad el que mata, el que habla, el que negocia, el que fabrica, el que hace de su cuerpo un último bastión de venganza, el que cree, el que piensa en el futuro, etc. En ese libro de Kraus, enorme como el dolor que relata, el hombre deja de ser humano y se convierte en cosa en estado de alerta, convierte los medios en fines y cambia su condición de humanidad por la esquizofrenia: la personalidad se transforma (hay una quiebra en el sistema de relaciones del sujeto), se distorsiona el pensamiento (no hay lógica ni actúa el yo), aparecen ideas delirantes y se afecta la percepción de la realidad. Y en esto de la esquizofrenia no hay una conciencia del hecho sino un desarrollo inevitable del miedo. El libro de Karl Kraus me hace pensar en lo que relata Carrasquilla en *Frutos de mi tierra*, *Grandeza* y *Ligia Cruz*, textos en los que abunda en arribismo y, como consecuencia, la neurastenia. Y en cómo, al igual que escribe Franz Kafka, las situaciones nacidas del dolor y la confusión son las que acaban con esto de lo que hoy se habla tanto: la ética como el cuidado de sí mismo.

En la obra de Carrasquilla, las guerras producen el arribismo, ese progreso económico y social que se produce por medios rápidos y sin escrúpulos. O sea, por medio del pecado en cualquiera de sus formas,

---

<sup>3</sup> Aunque Cesare Lombroso se equivocó mucho en esto y nos equivocamos nosotros, pues hay caras que son diseño y no necesariamente el alma.

incluyendo el crimen. Y no debe confundirse el pecado con la oportunidad ni con la lotería, porque si bien estas últimas propician abundancia inesperada, es el pecado de la codicia lo que sostiene al arribista en estado criminal. Es que sigue en estado de guerra, saqueando. Pero no es solo el arribismo el que se destaca. Las guerras producen también la despreocupación de las clases burguesas que, al haberse enriquecido más con el desorden, se contaminan y siguen actuando como en los días de la peste y viven el hoy al ritmo de *comamos y bebamos que mañana moriremos*. Y en esta mezcla fatal, un arribismo galopante y una burguesía que vive en su propia burbuja asumiendo un síndrome de Lampedusa creciente (desconocimiento de la realidad debido a las mentiras que intercambian), la sociedad se quiebra y las honras se ferian. Sobre estos asuntos sabía mucho Carrasquilla: su vida de bohemia y de contacto con las señoras fueron un cuaderno abierto de pequeñas infamias, justificadas todas a través de un descarado *bovarismo* (lucir los pecados de traición con la seguridad de que han sido meros actos puros). Vale la pena anotar que el *bovarismo* es una forma psicótica del narcisismo, es decir, una representación del yo deseado que cubre al yo que se desmorona, algo así como un maquillaje sobre una llaga.

En la obra de Carrasquilla, las armas son pocas, lo incendios ocasionales, pero los hombres y mujeres en estado de guerra (dispuestos a matar o a dañar) sí son muchos. Y si bien algunos se vuelven bandoleros porque carecen de estabilidad social y su único espacio es el monte, otros se integran a la sociedad y desde allí, desde ese poder adquirido por el dinero, ejercen otra guerra que tiene como fin ganarse una posición social (ser nombrados ricos, no burgueses) y adueñarse de todo lo posible. Y lo anterior se da fácil: como en *Los Buddenbrook* (la novela de Thomas Mann), la clase dominante tradicional, carente de ideas claras y con los valores rotos por el juego de apariencias y las deudas contraídas, es permeada por los emergentes que, al tener mucho dinero a disposición

para rehacer fortunas y pagar letras de cambio, introducen su manera de vida en la sociedad y, desde allí, cambian los valores trascendentes para convertirlos en simples hazmerreír de circo. Como el emergente carece de historia que presentar (teme siempre que esa historia aparezca y lo delate), acaba con el pasado general, se burla de él, evita que reaparezca en formas culturales imponiendo criterios nuevos, no racionales sino de consumo desmesurado. El rico es el que gasta y compra lo más caro. Y cuando ya no hay pasado, porque ha comprometido a otros en sus aficiones y apariencias cambiando las costumbres, el emergente se iguala e incluso lidera. Y las más arriesgadas en este asunto de escalar aparentando lo que nunca han sido, son las mujeres, que en el caso de Carrasquilla (al menos en *Grandeza y Frutos de mi tierra*) ya no transmiten cultura sino arribismo y envidia delirante.

### **La neurastenia y el negocio**

La neurastenia se define como una debilidad nerviosa y, en psiquiatría, como esa neurosis que produce un cansancio enorme después de realizar un esfuerzo intelectual, lo que conduce a la irritabilidad, la tristeza, el abatimiento, el insomnio, la incapacidad para relajarse, etc. Y el negocio lo definimos como la negación del ocio, pero en Carrasquilla aparece el motor de la codicia y el engaño. Y esto de la neurastenia y el negocio, que incluye diablos y profanaciones, es la esencia de *Frutos de mi Tierra*, novela que quiso llamarse *Jamones y Solomos* por aquello de la creencia entre los *parvenus* de que comer platos costosos es lo que da la posición social. Acompañándolos, claro, de vestidos y joyas vistosas, ya que el desmesurado amor propio se luce llevando una vitrina encima, qué importa que no haya elegancia sino bulla. Elegancia, que viene de elegir, quiere decir saber elegir bien. Claro que esto no se da en el *parvenu*, que carece de educación sentimental (saber usar los sentidos) y de formación estética: percibir, definir, diferenciar, situar, relacionar.

Agustín Alzate es un neura (como se dice en Antioquia). Explota por cualquier cosa, se inventa lo que no ha pasado, acusa a otros de cosas que no han cometido y le atormenta poco el haber saqueado el ataúd de la madre (le roba el mantón y los zapatos con los que fue enterrada y luego los vende en su negocio), o engañar a sus hermanas para quitarles el dinero heredado de su padrino, dejándolas sin nada para poder esclavizarlas. Pero la sangre no se pierde. Aun esclava y solterona, Belarmina la emprende contra su otra hermana, Nieves, acusándola de sus desgracias. Y en esta acción, delira: ella también es una neurasténica. Ha deformado la realidad. Como un perro, se arrima al amo para que le dé algo. Y esa humillación, la descarga contra su hermana, que ha condicionado su realidad a no querer ver nada.

La neurastenia es la enfermedad que plantea Tomás Carrasquilla. Neurosis (querer hacer algo sin hacerlo al final), paranoia (sentimiento de persecución), psicosis (realidad recortada y sujeta a la satisfacción imperiosa del deseo), la esquizofrenia (inventarse a otro para ser personado). Y no sé si don Tomás, en los bares donde despachaba sus sesenta aguardientes diarios (mezclándolos con comidas grasosas, esa es la leyenda), hablaba de psicología o le contaban algo sobre esta ciencia. Quienes conocen bien su biblioteca o su correspondencia, darán cuenta de este asunto. Lo cierto es que, si no lo sabía, presentía los componentes de la neura: narcisismo, frustración continuada por la insatisfacción del deseo, desconocimiento del otro, realidad única (sólo yo me quiero), sujeto sin relaciones, afán de destrucción del objeto de deseo (represión), etcétera.

Son neurasténicos y esquizofrénicos Mónica (la madre), que no reconoce más realidad que el dinero; Agustín (a quien en casa le deben decir Augusto), que se crea un prototipo de lo que no es y lo vive entre tinturas para el cabello, afeitadas y miradas de frente y de reojo al espejo; Filomena, que no se reconoce fea y vieja y evade esta situación destruyendo la honra de los demás; Belarmina, que configura la posibilidad de

ser reconocida y destruye a su hermana Nieves. Y en esta esquizofrenia, enfermedad abundante en el siglo XX, Carrasquilla se adelanta a los escritores latinoamericanos, no sólo estableciendo una enfermedad social (las apariencias delirantes) sino entrando a determinar la ciudad como aquel espacio en el cual los arribistas logran borrar su pasado, algo que les hubiera sido imposible en la aldea. La ciudad está compuesta por desconocidos, por recién llegados, aquí se puede mentir a gusto porque no hay testigos fastidiosos. Y como Medellín es una capital nueva, las familias ilustres son pocas y están guardadas en sus casonas. Esto permite un espacio público para que los recién llegados (o los venidos de los barrios bajos) luzcan sus apariencias sin temor a ser delatados. Como nadie se conoce, cada uno cree o le interesa poco lo que el otro le aparenta. O sea que hay una situación absurda de nueva sociedad compuesta por quienes esconden lo que son, pero lucen la riqueza como anuncio de revista y barrera contra las preguntas.

Carrasquilla, que fue administrador de minas, reconoce y diferencia bien la pirita del oro. Y como gambusino viejo, mira la pirita que abunda y se entretiene con ella: es lo falso, lo carente de pureza, lo que permite el engaño, lo que en lugar de embellecer afea. La nueva sociedad es pirita que se cree oro. Pero como nadie se puede engañar a sí mismo, a menos que la esquizofrenia sea avanzada, la conciencia de ser pirita y no oro le abre todas las posibilidades a la neurastenia que nace del estado permanente de alerta. Bien sabemos que quien aparenta nunca está tranquilo, teme ser descubierto y, al mismo tiempo, desea ocupar esa posición que aparenta pero que realmente no le pertenece ya que ahí no habita el mundo sino una esperanza. Y como la esperanza genera tantas frustraciones, ya que el mundo es como es y no como uno quisiera (como dice Spinoza), la única actitud es la del neurótico que estalla antes de ser descubierto. Y en el estallido, la intención primera (la posibilidad de ser descubierto) se desvía y se va por otros caminos. Igual que en la política.

O sea que todo es cuestión de circo, de ir por la cuerda floja, de mucho miedo.

Aunque don Tomás Carrasquilla no define en *Frutos de mi tierra* lo que es el miedo, si se siente en los personajes que lo subliman dándose ínfulas. La soberbia es un complejo de inferioridad manifiesto. El soberbio, con su acción excluyente, evita la inclusión que lo delataría. Los aires de gran señor o de gran dama existen en quienes no lo son. Por esto hacen hasta lo imposible por lucir su condición (excluyendo), aparentando ser de noble de cuna (o haber sido educado para ello) teatralizando lo que es natural en quien si proviene de una buena familia. Esta concepción, que pareciera conservadora y retardataria, sobre todo hoy que se habla de igualdad y derechos, es la visión que tenemos de los personajes arribistas de Carrasquilla. Es indiscutible que Carrasquilla, a través de sus textos, manifiesta conceptos de clasismo y racismo (era un hombre de su tiempo). El mismo Carrasquilla era un conservador que luchaba permanentemente contra sus propios pecados íntimos. Y esta lucha, como diría Marguerite Yourcenar, se convierte en asunto novelable. Sólo que no se anclan en el autor (como si sucede en escritores como Fernando Vallejo) sino que se proyectan (por psicología de transferencia) en otros seres, en sus personajes monstruosos. Y quizás encontrándose en ellos, viviéndolos desde la literatura, Carrasquilla encuentre paz contra esos demonios que le muerden el vientre. Las sociedades emergentes son criaderos de represiones. Y en las represiones, de diversos estados psicóticos.

## Los negocios

Agustín Alzate es alguien que no quiere ser pobre. Y como se opone a serlo, no le importa usar unos zapatos estrechos que le causan molestias enormes al caminar. Así que el mundo que pisa es molesto, terrible, ojalá que no existiera ese piso. Pero esos zapatos tormentosos

le dan una posición social: no es un descalzo ni un niguatero, a pesar de que ya las niguas le tumbaron las uñas de los pies y la mejor manera de negar este acontecimiento es esconder ese hecho miserable dentro de los zapatos. Es un aparentador y para serlo y creerse lo que aparenta necesita de un lugar donde los clientes entren con temor y dispuestos a humillarse. El negocio de Agustín (gerenciado por su hermana Filomena), es una prendería: allí van los necesitados de dinero, los que buscan una última oportunidad. También van los que roban para deshacerse de su crimen. E igual los que buscan cosas de segunda porque no pueden comprarlas nuevas. En un negocio así, la apariencia juega un papel importante: el dueño debe mostrarse como un ídolo impasible a cualquier dolor o alegría (como un usador de zapatos estrechos o de gorduras apretadas con fajas). Y esa posición de ídolo de piedra, proporciona un goce sádico que se equilibra con el masoquismo de las apariencias que, como he dicho, consiste en sospechar todo el tiempo de la posibilidad de no ser creído (y, como contraparte, burlado).

Pero el negocio de la prendería de Agustín Alzate no nace de repente. Los antecedentes están en la fabricación de escobas caseras, en una fritangería donde lo que se frita en gordana (manteca de cerdo) da ideas grotescas de cómo es el infierno, y en la venta de licor ilegal. La madre de Agustín, Mónica, considera que hay que ganar plata a como dé lugar y, viendo trabajar a su hija Juana en las tareas del hogar, imagina lo que ganaría si fuera negra y trabajara como sirvienta en otra casa. Mónica, es la dueña de la fritanga, trafica con licor y tiene su propio alambique, lo que la integra a la cultura de la ilegalidad. No teme a los guardias de rentas porque sabe que los puede sobornar, tampoco a los clientes que, como necesitan beber algo barato, admiten la mala calidad. Y como la guerra ha multiplicado estos negocios, la nueva moral (quebrada en sus cimientos) los admite. Así, lo ilegal y lo refrito configuran una primera

idea de negocio en la obra de Carrasquilla. Pero el negocio grande es la prendería, ese negocio que gana y crece de lo que pobres empeñan, que quita, que pignora mal, que no distingue entre el objeto robado y el bien habido, que tiene como oficio el engaño entre comerciante y cliente: el primero dice que eso no vale tanto, el segundo que vale más que lo que aparenta. Diría que es un trato que tiene como intermediario la mentira. Y ya se sabe, donde se miente se descompone la sociedad ya que la confianza, que es a base social, no existe. En este punto, Spinoza, que decía que no hay nada más útil a un hombre que otro hombre, tendría que admitir la tesis de Hobbes (o de Plotino) en aquello de que el hombre es un lobo para el hombre. El negocio de posguerra, en los distintos y multiplicados Agustines Alzate, es la concretización de la inmoralidad.

Hay quienes luchan en las guerras impulsados por el patriotismo, el fanatismo o el simple aburrimiento. Y hay otros que encuentran en este evento la posibilidad de crecer económicamente sin que nada los controle. La guerra, que mata la verdad, incrementa la corrupción. Creo que esto se debe a que la palabra clave de la guerra es saqueo y botín. Hasta el momento no se conoce ninguna guerra honrada, pero sí muchas guerras que son una deshonra. Durante las guerras crece el contrabando, el mercado negro, la proliferación de artículos de los que nadie reclama un origen, el tráfico de drogas, el tráfico de influencias, el negocio de las traiciones, los ojos que no ven y las orejas que no oyen, etcétera. La cara negra de la guerra es el enriquecimiento ilícito de muchos que se mueven entre vencedores y vencidos. No es de extrañar que hoy en día la economía sea una entidad supranacional que burla leyes y construye paraísos fiscales. Igual, tampoco extraña que los bancos no se quiebren después de las guerras (al menos los principales), pues allí los billetes no reclaman caras ni origen.

Como anotaba al comienzo de este artículo, Carrasquilla vivió entre guerras. Y esta vivencia le permitió ver los cambios sociales, la aparición de negocios nuevos, la presencia de gente enriquecida de repente y

la suplantación social. Así que su concepción de la economía no parte de un colectivo que se une en el hacer y desarrolla una actividad de manera industrial o al menos gremial sino en la aparición del comercio, que es una actividad que nace de la iniciativa personal y carece de control moral. El comerciante es un hombre que busca oportunidades de negocio, ganar mucho con el mínimo esfuerzo, valerse de las necesidades coyunturales y de la escasez. Y como el oficio se mantiene en los umbrales de la oportunidad, caer en lo ilegal es fácil. Y más si las leyes son laxas, como sucede en las guerras y en las posguerras de países con concepciones débiles del papel del Estado. Recuerdo el *Facundo* de Faustino Sarmiento: mientras los militares avanzan por la pampa, entre ellos el abuelo de Borges, detrás de los ejércitos van los comerciantes, las prostitutas y los que desvisten cadáveres. Ellos, como las hienas, se nutren de la mortecina. Es terrible esto de surtirse de los muertos, pero es una realidad. Lo hizo Agustín Alzate con la madre, lo hicieron los rusos con los alemanes, los austriacos con los turcos, los nazis con los judíos, etc. Hay mucha historia sobre estos hechos de deshumanidad.

Detrás de los negocios que plantea Carrasquilla, negocios de sus personajes, hay mucho silencio. Dicho en otras palabras, no hay una historia clara del origen del negocio ni del comerciante. Y ese silencio es el que permite el juego de las apariencias, el asumir realidades desde la esquizofrenia, el mirar el mundo a través de los deseos, mintiéndolo y pidiendo a Dios el perdón, ya que este asunto la justicia no lo reconoce. Y en este juego del deseo (cambiar la condición del mundo de acuerdo a los propios intereses) y el perdón (como dice Derrida, se pide perdón por lo imperdonable), la realidad se psicotiza en el ejercicio de las apariencias y el arribismo. La mentira, cubre los hechos y una mentira repetida constantemente se convierte en una verdad. Así que la verdad no es lo que es sino las variables mentidas de ella que se repiten. Convertir una verdad atroz en respetabilidad, es cosa fácil: basta no dejar de aparentar.

Y aparentar no en el espacio público sino en la exclusión permanente del otro. Si excluyo al otro, si lo separo de mi camino, ese otro termina por creer en la imagen que le proyecto. La cuestión es no dejarlo acercarse, es impedirle que salte el mostrador, que llegue a la oficina del fondo, que sólo pare la puerta. No saber qué cosa es lo que hay al otro lado, lleva a creer en ella. En esto se fundamenta el deseo.

Los negocios, en las ciudades incipientes, son el símbolo del progreso. El dueño del negocio tiene el dinero y por ello es tenido en cuenta por los bancos, por el gobierno y las demás instituciones. De aquí los clubes del comercio, las sociedades de mejoras públicas, etc. Y entrar en esos clubes excluyentes o en esas asociaciones de señoras “bien”, es el sueño del nuevo negociante, del emergente. Sabe que allí le corresponde un lugar y que, tarde o temprano lo podrá comprar. Las burguesías locales, que ya se arriesgan poco en inversiones (han comenzado a vivir de la renta), no ven los negocios nuevos, son paradigmáticas y por eso no presienten los movimientos del mercado y los cambios económicos. El emergente, que sigue con una pierna abajo y otra tratando de subir un escalón, sí está conectado a tierra. El negocio no es venderles a los ricos sino a los pobres. Los pobres siempre son más y compran con menos cuidado. Y como en los cambios económicos y en la abundancia de pobres se dan efectos como la inflación, la devaluación y otros, debido a la demanda de trabajo y de productos, las rentas de los ricos tradicionales rebajan y, en muchos casos desaparecen. Y en este punto, atentos, están los emergentes, en disposición abierta de reemplazar o al menos de comprar un lugar entre los burgueses empobrecidos. Se emparentan hijos de ricos empobrecidos con hijos de pobres enriquecidos, las riquezas se mestizan y lo que era dinero mal habido termina siendo buen dinero. El negocio del emergente es esperar a que los ricos caigan para recogerlos con cheques firmados y abiertos. Claro que a veces la caída demora y este esperar es el que crea la neura y estimula la esquizofrenia. Es un problema de la

esperanza y el deseo insatisfecho, de que las brujas funcionan mal y el mundo no se mueva como debería moverse, tumbando bolos, señalando sin debatir, imponiendo pensamientos políticos únicos, etcétera. El arribista quisiera muchas guerras (se mantienen en estado de guerra) para crecer su negocio, ya que al carecer de clase se mueve por todas las clases y, como es aparentador, funciona como un camaleón.

En Carrasquilla se lee claramente el asunto de los nuevos comerciantes que ha producido la guerra. Son personas sin principios, incultos, sin más estética que sus criterios narcisistas. Cuando hace la lectura de la casa, ya boyante, de Agustín Alzate, don Tomás realiza un inventario de ropas, muebles, espacios, objetos, pero resalta que no hay ni un solo libro. Todo está cifrado en comer, criticar e ir al negocio. Y no hay ninguna realidad exterior, salvo la que ellos crean con sus deseos enfermos, cifrados siempre en la destrucción del otro.

El negocio del *parvenu* es un reino subterráneo, un sitio para el masoquismo, un lugar subversivo desde donde se planea cómo tomarse el lugar social que se desea. Sobre esto podemos leer mucho en la *Revista Antioquia* de Fernando González, en la que se burlaba de los nuevos ricos que comenzaban a lucir apellidos que mostraban como conservadores (con escudo nobiliario, incluso) siendo propios de liberales. En ese negocio, el del *parvenu*, hay un reconocimiento con el pasado (los que van son pobres), pero hay que negarlo y para ello se hace uso de la soberbia, de la humillación, de la palabra racista que niega la condición de raza (evidente) de quien la expresa: es el hombre blanqueado con cara africanizada que se queja y burla de los negros y mulatos. El hecho es tragicómico y por ello delirante y, con el tiempo, creador de neurosis, paranoias y psicosis, ya que una espera fundamentada en el deseo termina por distorsionar la realidad, quitar el sueño y conformar una estructura de sujeto que en lugar de relaciones lo que crea es odio.

En el mundo de don Tomás, el negocio es la negación del ocio (todo puede decirse de Agustín Alzate, menos que no madrugue a trabajar). Pero el negocio también es blanquearse, cosa que quieren especialmente las hermanas Alzate. De Agustín se lee poco, ya que pareciera, por su condición de solterón y quizá de homosexual pasivo, que fuera un alter ego de Carrasquilla. No es de extrañar que presumiera que sus últimos días pudieran ser como los del personaje, neurá e intensamente solo, rumiando su condición de *parvenu*. Dejo esta especulación a otros, a los que van a esos entierros que tanto reflexionó Fernando González.

## Epílogo en la maldad

En *Frutos de mi tierra*, que pareciera dar a conocer los peores frutos de la sociedad Antioqueña (no sé si Carrasquilla estuvo influenciado en esto por Eugenio Sue y *Los misterios de París*), además de negocio y neurastenia, hay una pequeña teoría sobre la maldad (que a veces se parece a la de los Hermanos Karamazov) que el arribista ejerce sobre dos grupos humanos: aquellos que son pobres y representan el origen del *parvenu*, a los que hay que humillar hasta el punto de reventarles la estima. Y los de las clases superiores, a quienes hay que criticar hasta hacerlos iguales en la conciencia de quien los critica. Esta maldad es delirante contra el inferior, al que se le baja la estima a punta de insultos, gritos y apelativos crueles. Ya, contra el de la clase superior, esa maldad es masoquista, pues genera dolor al *parvenu*, en tanto que le produce un odio mezclado con deseo, algo así como una realidad que se vuelve al revés cada tanto. Y en los dos casos, es una maldad que se mueve entre el placer y el displacer (eros y tanatos), lo que lleva a actitudes esclavistas y al mismo tiempo, serviles. Esta contradicción es la que deforma la realidad y su permanencia en ella crea la condición esquizofrénica.

No hay guerra que no genere maldad. Como en la novela de Jack London, *La llamada de la selva* (que se traduciría mejor como *La llamada de lo salvaje*), en los días de muerte y confusión masiva afloran los peores instintos. Después, algunos los reflexionan, otros tratan de olvidarlos, pero hay un grupo al que le gustó lo sucedido, no sé si en estado de razón o de locura. Lo cierto es que ese grupo emerge y, en el orden que se construye en la posguerra, siguen en guerra. Creo que esto es lo que define la neurastenia y el negocio en Tomás Carrasquilla.

Escrito en Medellín entre aguaceros, marchas de protesta y palabras de odio.





Ilustrador:  
JUAN ERNESTO CORREA RIVAS